

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Sale todos los Domingos.

ALGO ACERCA DE LA SEMANA SANTA.

Sabido es que las procesiones en Cádiz tienen por lo común una intermitencia de tipo tercianario, como dicen los médicos; es decir, que suelen salir un año sí y otro no, tomando por norma la del Santo Entierro, á la que fuera de desear imitasen en todo, cosa que no siempre hacen, y á fé que no les alabamos el gusto. Pero dejemos esto para luego, que también se andará, y digamos algo del cuadro general que ha presentado la población en los solemnes días de la anterior semana.

Las procesiones de Sevilla, anunciadas este año con mayor aparato que de costumbre, la importancia que recibían con la presencia allí de SS. AA., y hasta las voces que han hecho circular los periódicos acerca de ciertos regios viages, que quizá no se han proyectado siquiera, debieron ser otras tantas causas de emigración en los pasados días, y por lo tanto de soledad para nosotros; pero á dicha Cádiz tiene de reserva para semejantes apuros cierta masa de su población, escondida no se sabe donde durante el resto del año, y que al sonar la primera trompeta de un nazaren, cual si ella fuese la del juicio, hace salir de su letargo á aquella desconocida muchedumbre, arrojándola á esas calles y á esas plazas, que sin saberse como ó por donde se ven obstruidas por inmensa copia de cuerpos con rostros humanos, los cuales rostros no vuelven á verse mas hasta la trompetada del siguiente año: y por eso recordamos haber dicho en otra ocasión que hay aquí caras (y á fé muy lindas) que no parece sino que se arman con el monumento del Jueves Santo y que se disipan

al toque de gloria. Ahora bien, con esta legión auxiliar femenina, fiel siempre al suelo que las vió nacer, y que en su actividad maravillosa se hallan en todas partes á un tiempo como para desquitar el largo tiempo perdido aprovechando con arder el presente, con esta legión, repetimos, no hemos echado de menos ni un solo punto á los muchos de nuestros convecinos que han corrido á buscar nuevas impresiones en los capirotos de los nazarenos sevillanos. A Dios gracias no nos han faltado aquí ni codazos, ni pisotones, ni apreturas, y á Dios gracias estas y aquellos han sido tantos y tales cuales los pudiera desear el mas impertérrito aficionado á esta clase de goces tan contundentes.

Por lo demás esta Semana Santa se ha parecido extraordinariamente á las de otros años, y es natural, pues que en eso consiste siempre el mérito de todas las fiestas. Mucha animación (á lo divino se entiende) mucha elegancia y buen gusto, como aquí los hay siempre; no poco lujo, bastante orden, y sobre todo muchos maridos con sus respectivas señoras por privilegio esclusivo del Jueves Santo. Pero digámonos algo de las procesiones.

Ante todo dirémos que no hay ninguna sin su correspondiente *programa*, palabra que ha hecho fortuna entre los ciegos, pues bautizan de tal las mas veces á una simple lista de las calles de su *estacion y carrera*; pero como acontece á veces el que por circunstancias del momento no vaya la procesion por donde allí se dice, resulta que los tales ciegos vienen á deducir de conocidos antecedentes que pues no hay gran cosa que fiar de lo dicho en aquel papel puede cuadrarle muy bien el nombre de *programa*, y por eso sin duda se le dan. Sin embargo, no es este el medio de publicidad que primero nos anuncia una procesion, al menos

en muchos casos: es otro del que vamos á ocuparnos brevemente, porque en rigor lo merece.

Seis, siete ó mas dias antes del señalado, y en la sazón en que uno va mas desapercibido por una calle, se da de manos á boca al volver de la esquina con media docena de penitentes (si bien entonces no sabemos cual sea su penitencia) los cuales bandeja en ristre rodean al transeunte, apremiándolo á términos de ser de todo punto imposible el salir de aquella embestida con el bolsillo ileso. Mohino el tal por este mal encuentro apenas tiene lugar de olvidarlo cuando una nueva patrulla le da el quien vive apuntándole á quemarropa con otra bandeja. «Señores, dice mi hombre, he dado ya y no hace cinco minutos.» Esta respuesta, muy satisfactoria para cualquiera otro que no sea demandante de cofradía, no tiene para ellos valor ninguno, y como los anteriores no le dieron recibo de la limosna, resulta que le es imposible probar su aserto, siendo forzoso por tanto el que acuda de nuevo á la bolsa, si bien con propósito firme de mirar mas por sí en adelante. En efecto, ya no dobla luego esquina alguna sin estirar antes el pescuezo media vara y poner la cara al viento como los lebreles por si llegan á su nariz las emanaciones de alguna túnica, y aguza las orejas por si le traen el lejano cántico de alguna saeta, que lo: tales suelen disparar entre col y col; saeta cantada con todos los arrumacos y tembladerás de un polo de Tobaco ó de una caña. No hay que decir que nuestro paciente huye á todo correr á poco que crea divisar en el horizonte vela sospechosa, y como á todos coge la misma nube, de aquí que antes de mucho la aparicion de un nazareno, aunque sea en lontananza, deja la calle mas limpia de gentes que un cañon cargado á metralla. No hay que decir tampoco que estas mismas bandejas, que estos mismos acosamientos, que estas propias interpelaciones, se renuevan con mayor fuerza durante el acto de la procesion, dando lugar á diálogos muy joviales y muy agudos si se quiere, pero inoportunos como ellos solos.

A nosotros nos duelen todas estas cosas, y otras que todos ven, porque quisiéramos que los forasteros que aquí acuden nada tuvieran que tachar en este punto, como no tienen que hacerlo en otros muchos de igual naturaleza. Quisiéramos por el decoro del culto y por el buen nombre de nuestra poblacion que todos

los que en hábito penitentes acompañan las Sagradas Efigies demostrasen, como deben hacerlo, aquel devoto recogimiento, aquella exterior compostura, aquella religiosa gravedad que requieren actos tan solemnes; actos que se profanan dándoles el aire de los tangos de guitarra ó de los bulliciosos desahogos de Carnaval. Las cosas santas han de tratarse santamente.

Fuera de esto, que con harta pena criticamos, tenemos mucho que alabar, así en las procesiones mismas como en los cultos tributados en los templos, en los cuales todo ha sido decoroso y digno del sublime objeto que la iglesia en tan santos dias se propone. Entre las novedades que en aquellos se han presentado merece especial mencion el hermoso paso de la Sagrada Cena, que acaba de restaurarse con lujo y esquisito gusto, merced á los esfuerzos de la cofradía de la Vera-Cruz.

Con mas espacio dirémos algo otro dia del Santo Entierro, procesion modelo, y que requiere especial mencion así como especialísimo encomio.

F. F. A.

TEATROS.

Nuestras advertencias del pasado número respecto al Balon no se han echado en saco roto, y hoy ya tocamos los resultados. La contrata del primer actor el señor Varela es para aquella compañía una notabilísima mejora, puesto que el señor Cortés, tan justamente aplaudido del público, queda ahora mas desembarazado para el desempeño de papeles de carácter, que son en los que sobresale especialmente. Esto dá un giro muy oportuno al trabajo, que podrá hacerse bien en adelante. Felicitamos á este teatro por la buena adquisicion que acaba de hacer.

Respecto al Principal nada sabemos á la fecha en que esto se escribe. Mucho nos vamos temiendo el llevarnos chasco respecto á nuestras predicciones del otro dia, y tanto, que el chasco será para nosotros si en efecto hay algo allí durante la Pascua. Tal por lo menos anuncia hoy el barómetro teatral.

F. F. A.

Se nos ha recomendado para que le demos lugar en nuestras columnas la siguiente composición que inserta el *Faro industrial*, excelente periódico que se publica en la Habana.

A MI HIJO EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE.

Silva.

¡Que horrible soledad! qué densas nieblas
de eterna noche! Un año el alma mía,
envuelta en profundísimas tinieblas,
no vé ni siente el rayo que vertía
lumbre en el corazón, lumbre en los ojos.
Estrellas, luna, sol tibios despojos,
cenizas son de un astro mas brillante
que solo vé quien puede delirante
decir con inefable regocijo
¡Luz de mis ojos! adorado hijo!

Yo lo dije una vez, y mil, y miles
estático de amor, cuando abrazaba
al niño que eclipsaba
en sus tiernos abriles
de abril las flores bellas.

Ay! que en sus ojos puro se espejaba
el azul de los cielos, y centellas
brotaban de su risa seductora,
y los colores envidiaba Aurora
de sus frescas mejillas; seda y oro
sus ondulantes rizos parecían:
un ángel era de divino coro....
Yo no lo digo; todos lo decían.

Y era así la verdad. Así el Eterno
lo apartó de este infierno,
Hoy hace un año; ¡un año!... y tengo llanto:
y lo ví en los momentos horribles
en que trocaron su divino encanto
en el lívido aspecto de la muerte
las postrimeras ansias! Dura suerte!
¿Y tengo aun vida padeciendo tanto?
Es de bronce mi pecho? Fuertes muros
á los embates de la mar bravia
vemos desmorenar: la fosa fría
con agua se taladra gota á gota,
y al roce de la lima queda rota
férrea cadena —Oh Dios! solo en mi pecho
mas duro que los mármoles y bronce
sin haberlo deshecho
trabajan desde entonces
las ondas de la mar de mi tormento,
las lágrimas que vierto noche y día,
y de la pena impía
la ruda lima que rozarlo siento!

—No mas, oh corazón! La vil guarida
en que atado á la vida
lates desesperado y jembundo,
escala de una vez, y deja al mundo.

Díjalo, y hallarás otro de flores,
otro donde la flor de tus amores
luce su galanura,
donde la luz que juzgas apagada
con llama viva y pura
arde por siempre en Dios alimentada.

Yo lo concibo, sí! Tanto cariño
no pudiera cifrarse en vil escoria....
La imagen de mi niño
debió trazada ser para la gloria!

Triunfó la fé de mi pesar insano,

que ser padre y dudar es imposible:
adorar á un gusano fuera horrible!

¿Ni cómo puedo amar siendo gusano?

Vives, hijo adorado, pese á impíos!
No importa que mis ojos no te vean,
ni en hondos desvarios
haya muchos ilusos que no crean.

Viéndote ya mi mente,
á testimonio tal nada resiste;
pues si puede no verse lo existente,
es imposible ver lo que no existe.

—Oh! eterno Dios que alientas mi esperanza

de abrazar y besar al ángel bello
que á tu cielo partió; corte mi cuello
la segur sin tardanza
si viviendo tal dicha no se alcanza! —
O tú, Señora y Reina y madre mía,
por quien luce la aurora
y resplandece el día:
á cuya voz sumiso
se postra el Paraíso

donde eres de los ángeles tutora:
dulcísima María,
que el placer sin segundo
disfrutas de adorar á tu Dios mismo
en el Hijo que virgen diste al mundo;
concedeme por él que del abismo
de mi terrena condicion consiga,
si no puedo dar fin á mi fatiga,
á mi hijo ver con los carnales ojos,
y adorarlo cual tú, puesto de hinojos!

El también tiene madre
que le llora en acerba desventura....
Hazlo por ella, si el amor de padre
no merece alcanzar tanta ventura!

Con un solo tacho que al cielo quites
podrá asomar su rostro para vella,
y mirarle los dos, mi hijo querido. ...
¡No temas quede el cielo deslucido,
pues no hará mas sino cambiar de estrella!

Si es mucho lo que pido,
si con la vista humana
la morada del cielo se profana,
no á mi ruego, Señora, des oído;
concedeme otra gracia: los cristianos
tienen ángeles bellos
que su custodia son.... Mi pecho aguarda
que escojas entre ellos

á mi niño por ángel de mi guarda!
Entonces ahí con cuánta complacencia
flaré mi salvación á su inocencia!
Con qué tranquilidad al blando sueño
me entregaré en las horas del reposo!
El cerrará mis párpados; soñando
junto á mi le verá, siempre risueño,
y mirándome siempre cariñoso!
Si me ajitan horribles pesadillas,
él me despertará: si caviloso,
cuando en tinieblas la pupila errando
hácese candelillas
y vé monstruos maléficos volando,
vendrá á dulcificar mi amarga vela
la imagen de mi lindo centinela!

Oh felice de mí! Mas triste idea
asalta mi razón y la avasalla:
cuando el ángel de Dios mis penas vea
sentirá el estertor de mi batalla.
¡El tan dichoso allá, bajar al mundo
y no menos que á ver mi mal profundo!
Nunca, jamás, oh Dios! Ya lo has sacado
de este valle maldito, donde inmundo
el vicio su cabeza atroz levanta
y huella la inocencia con su planta:
do triunfa de virtud hipocresía,
do recompensa ingratitud favores,
do amor es galardón de desamores,

y de honradez y honor la duda impia?

Lo has sacado de aquí... por siempre sea, aunque nunca le vea!

Tampoco al ver las cárceles oscuras, el patíbulo horrible, el hambre fiera, la peste, la tormenta, el terremoto, la guerra, y de la mar el dique roto, temeré por su vida idolatrada ni veré su virtud amenazada.

Ni temeré que un día

de la adorada Patria al sacro nombre el amor paternal mudo se asombre!

Hiciste bien, gran Dios! De tu vivienda de eterna beatitud nunca descienda!

Padezca yo, padezca aun mas que ahora; mas nunca en su dolor transcurra un hora!

Mientras tanto la plácida resuena en que á fuerza de lágrimas consigo, niño del corazón, vivir contigo;

yo tejeré coronas de azucena

y de otras puras y fragantes flores que ornarán tu sepulcro; y tus loores

en cánticos de amor dirá mi pena.

Oh! si del génio la esplendente llama sintiera dentro arder! Si el vivo rayo de inspiración hiriese mi cabeza!...

Entonces ah! la fama mis cánticos do quiera llevaria,

tu nombre eternizando y tu belleza!

— ¡Remóntate, razón, al Firmamento!

la ambición de la gloria te ilumine, y todo lo domine

mi altivo pensamiento,

en el mar, en la tierra y en el viento!

A mi voz enmudezcan los sinsotes, los bosques, las cascadas y los mares;

á mi voz estremézcanse los montes

y la posteridad abra sus lares;

á mi voz inspirada el trueno ruja,

los astros se oscurezcan;

cruja en los hombres y en los brutos cruja

el pecho de dolor, y desfallezcan!

Sea mi canto inmortal, y su memoria eterna durará con mis acentos —

Oh ambición de la gloria!

no consientas se pierdan mis lamentos,

ni que á los restos de mi amor, la historia les niegue monumentos!

¡Ay, que los negará mi voz es débil,

pobre mi númen, insonoro el plectro.

De Young el génio me negó sus alas....

Hijo, mi inspiración era un espectro!

Ademas, ¿qué soy yo? ¿qué nuestros lazos?

Nada! miseria.... El mundo sus loores

guarda para sus grandes servidores....

aquellos que le diezman á balazos!

¿Qué le importan mi amor ni tu inocencia?

Hijo, padre, virtud, ¿qué son? Patrañas! —

¡Caudillos en las armas y en la ciencia,

verdugos de cerviz y de conciencia,

la historia cantará vuestras hazañas!...

Mas no importa el error. — Cuando los vientos

braman tendiendo luctuoso manto

por la bóveda azul: cuan lo de espanto

al hombre llena el trueno que rimbomba:

cuando las nubes ignea y rauda bomba

de súbito divide, y sus cristales

en impetuosa lluvia caen deshechos;

lluvias y trueno, rayo y vendavales,

son lágrimas, lamentos y gemidos

de paternales pechos

que la madre comun de los nacidos

siempre hará resonar cabe los lechos

de los restos queridos.

— ¡Venid, pues, horriboras tempestades!

Nubes! bebed mi sangre; y de mi aliento

se nutra y sacie el huracán violento. —

Alúmbrenme los rayos mientras fijo

la vista en el cadáver de mi hijo....

— Luz de mis ojos! dicen que la muerte

no descompone el rostro de los niños:

un momento no mas anhelo verte

y prodigarte ansioso mis cariños...

¿A ver?... ¡Qué horror! ¿Quién puede conocerla?...

Estás desfigurado y horroroso!

Tú que eras tan hermoso!...

Mas ¿qué veo junto á ti? ¿qué forma humana

de tu sepulcro el interior profana?

— Ya recuerdo, gran Dios! — Oh! no te aflija,

niño, que te acompañe, esa es tu hermana,

esa es cual tú mi hija... (1)

Por no verme feliz sin tu presencia

(Mira si te queria)

me abandonó tambien. Ella temia

(Tan grande era mi amor y su inocencia!)

que yo por ella á ti te olvidaria.

Yo no sé, yo no sé si la inocente

se equivocaba ó no; pero es lo cierto

que el amor de los dos me hizo demente

y que los dos han muerto...

Se que entrambos durmieron en mis brazos,

(lo tengo bien presente!)

y que en ellas, despiertos ó dormidos,

eran de mi existencia dos pedazos.

Sé que lo son aun, que están reunidos,

mas lejos de mis brazos... y podridos!

Sé que me recreaba en sus semblantes,

hoy cárdenos, sin cejas, sin pestañas...

surcados por gusanos repugnantes...

— Oh! por piedad, hédiondas alimañas!

¡Dejadlos y morded en mis entrañas!...

No puedo mas... ¡Adios, restos preciosos!...

Mi vista ya se anubla... El trueno ruja

dentro de mí; la tempestad batalla...

— Qué esperas, tempestad? Estalla! estalla!

que ya mi pecho calcinado cruje....

Gracias, oh Dios benigno!... ya descargan

las nubes de mis ojos sus raudales...

Pero mi voz las lágrimas embargan...

Lo que la pluma traza el llanto borra...

¡Dejémoslo que corra!.....

J. G. de Arbolea.

Leemos en un periódico de Madrid.

Hannos contado de un *q idam* que tiene un gato tan adiestrado que le gana la subsistencia y le hace vivir cómoda y holgadamente. El gato á las diez de la mañana, hora en que las criadas vuelven de la plaza, acostumbra á recorrer el barrio, rapiñando cuanto puede y llevándolo á casa de su amo, quien le está aguardando para recoger tamaño botin. Nos ha dicho el que esta anécdota nos ha referido, que en la mesa del tal personaje no falta nunca buen pescado, buenas chuletas, alguna que otra vez perdices y pichones, de manera que tanto el astuto animalejo, como su amo, están gordos y rollizos. Pero no pára aquí el mérito de aquel gato singular, sino que durante el día se deja colocar dentro de una rueda, por medio de la cual devana seda, procurando á su amo un jornal de tres reales diarios, con los cuales paga el alquiler de la casa, el tabaco y demás gastos indispensables. Dicen que hay quien ha ofrecido por el tal gato diez mil reales. Por supuesto que su dueño no ha querido cederlo porque le procura mucho mas. Esto si que es discurrir mas que los que buscan el movimiento continuo.

(1) Esta niña, muerta mes y medio despues que su hermano fué sepultado, por gracia especial en su mismo nicho, el 15 de Abril de 1848. Tenia 20 meses, y él cumplió tres años y medio el día de su muerte.